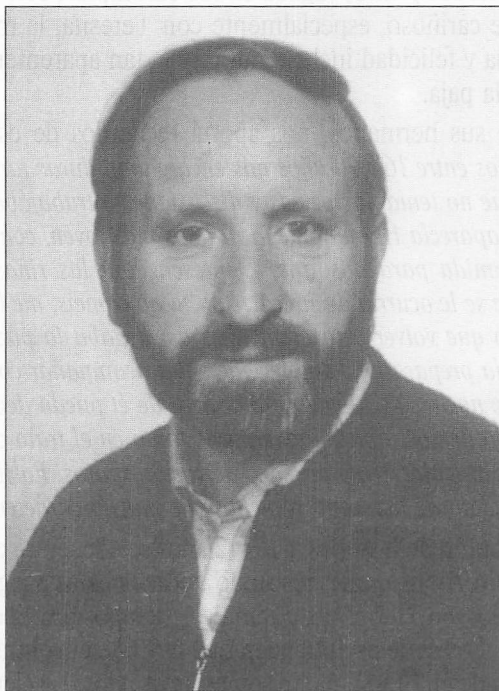


INSPECTORIA SALESIANA DE SANTIAGO EL MAYOR

Avda. de Antibióticos, 126 - 24080 LEON



D. HERMINIO ALONSO CAYUELA

El 9 de septiembre de 1993 dábamos sepultura a un “hombre sencillo, trabajador y piadoso”, a Herminio Alonso, coadjutor salesiano.

Herminio había nacido el 4 de octubre de 1935 en el seno de una familia humilde y religiosa ocupada en la labranza, la ganadería, como la mayor parte de las familias de Arenillas (Soria). Era el décimo entre doce hermanos. A los 6 años muere su madre y seis meses más tarde su hermana pequeña. El padre y la hermana mayor se encargarán de que los demás, sobre todo los pequeños, no noten mucho la pérdida de la madre.

Hace pocos años, Herminio valoraba así las vivencias familiares: *“Mis padres me han dejado una herencia increíble, maravillosa: la fe. Y además transmitida con obras,*

que es lo importante, y también el amor a la Virgen; el rosario se rezaba en casa todos los días, aprovechando cualquier ratito de descanso”.

Fue un niño alegre y juguetón como todos. Frecuentó la escuela hasta los 12 años y con sus numerosos primos jugaba en los columpios, con los cartones o a las canicas. Siempre fue cariñoso, especialmente con Teresita, la más pequeña, quien recuerda ratos de risa y felicidad incluso durante la tan aparentemente ingrata tarea de encalcar y subir la paja.

Eusebio, uno de sus hermanos, nos aporta recuerdos de esta época. *“Cuando Victorino y yo teníamos entre 16 y 20 años nos encargaban duras tareas en el campo, así que era raro el día que no teníamos peleas y discusiones o trabajábamos de mala gana. Llegado el mediodía aparecía Herminio, cuatro años más joven, con su talego colgado a la espalda con la comida para nosotros. El presenciaba las riñas, pero se mantenía imparcial; lo más que se le ocurría decir era esto: ‘Si no coméis, me la llevo; yo no puedo esperar, porque tengo que volver a la escuela’; y así llegaba la paz y a comer deprisa, pues él ya nos lo tenía preparado. También me solía acompañar como zagal a guardar las ovejas de día y de noche. Yo las detestaba, pero de él puedo decir todo lo contrario. Salía de casa feliz y lo demostraba a todas horas tanto en el trato con el ganado, como con los perros. A mí particularmente me sacó de varios apuros. Posiblemente al marchar llevara de mí un recuerdo de hermano resuelto y de mucho carácter”.*

Como en otro montón de historias, a los 12 años se encuentra con un salesiano; en este caso es D. Emilio Alonso, que buscando vocaciones es acogido en Berlanga de Duero por los abuelos de Herminio durante el tiempo que dedica a entrevistar a chavales y familiares. Los abuelos entienden que hay que encontrar una solución para Herminio y le hablan de él. El y su padre son entrevistados. Lo cierto es que con otros dos chavales de Berlanga, Herminio se va a Astudillo, donde permanecerá durante los cursos 1947-48 y 1948-49. Desde allí partirá hacia Arévalo; y el 8 de agosto de 1951 comenzará su noviciado en Mohernando, con Don José Arce como Padre Maestro.

“Durante toda esta época -nos cuenta una hermana- Herminio destacó más por su habilidad manual y su creatividad que por sus estudios, pues, como él mismo decía en su presentación en una reunión de misioneros de Soria: ‘el Señor se fijó en mí, el más humilde entre mis hermanos, quizá para que si hacía algo en mi vida que mereciera la pena, quedara claro que era labor suya y no mía”.

“En una ocasión se recibió en casa una carta de Don Emilio incluyendo las notas de Herminio (no muy altas, por cierto) y comentaba lo siguiente: ‘No se preocupen por sus notas, pues les aseguro que Herminio llegará a ser un buen salesiano” (Teresita).

Es bonita la carta que escribe el 10 de julio de 1951 pidiendo ir al noviciado. No estoy seguro que formalmente satisfaga todos los requisitos, pero deja ver su corazón enamorado de Don Bosco y su ansia de ser *“santo coadjutor salesiano”* y *“hasta de buena gana iría a tierra de infieles”*.

El juicio emitido por quienes debían conceder su acceso al noviciado se formulaba de esta manera: *“Bueno, trabajador, sencillo, piadoso, inteligente, discreto. Panadero y despensero”*. Muchos de estos adjetivos los veremos constantemente repetidos en los juicios emitidos ante su petición para las sucesivas y progresivas profesiones religiosas. En estas cartas siempre manifestará ilusión vocacional y gratitud a quienes le acompañan y ayudan en su camino religioso y salesiano.

El 16 de noviembre de 1952 hace su primera profesión. El califica esta fecha *“como día solemne de la entrega a la Sma. Trinidad...mediante la profesión religiosa... hasta la muerte”*.

Contrasta con sus ansias interiores la imagen externa que posiblemente diera en su año de noviciado, como poco activo y voluntarioso. Quizá esa fuera la causa de su retraso en la profesión al mes de noviembre.

Es destiando a Orense donde realiza las tareas que se le encargan; hace de factotum durante diez años. Allí se le concede acceder a la profesión perpetua, que realiza en Astudillo el 16 de agosto de 1958.

El tipo de trabajo y el concepto exigente que tiene del deber y quizá su misma timidez ponen de manifiesto ciertas dificultades en sus relaciones con empleados y personal de servicio. Su temperamento sereno está educado, sin embargo, en una gran exigencia. El es consciente de todo esto y lucha por suavizar ciertas formas.

En 1963 le vemos ya en Llaranes (Avilés) como educador y realizando funciones de maestro. En 1968 va a Vigo como encargado de deportes y actividades extraescolares. Durante todos estos años es feliz entre los niños y adolescentes. Con ellos pasaba muy a gusto su tiempo. El curso 1974-75 lo pasa en la Procura de Misiones y del 1975-77 trabaja con los aspirantes de Cambados. En todos estos sitios sembró el ideal misionero entre los niños. Muchos de ellos seguirían en comunicación con él durante varios años.

Por fin aquel ideal de su primera profesión se vería cumplido y en carta del 4 de julio de 1977, D. Bernardo Tohill, le indicaría la Inspección del Paraguay como su nuevo campo de trabajo.

La familia de su hermana pequeña estuvo algunos días durante aquel verano en Cambados con él. Mientras manejaba aparatos de música, vestuario deportivo de los equipos, la máquina del cine para preparar las actividades de los chicos, comentaba: *“Yo aquí tengo todo lo que necesito y no es lo que deseo. Quiero dejar ‘todo’, que para eso me hice salesiano, para vivir en pobreza como Jesús y resulta que vivo mejor que ninguno de mis hermanos; me gustaría marcharme con lo puesto”*.

Y así marchó a Paraguay, con los indios “moros” ayoreos. Allí estuvo hasta 1986. Lo que él deseaba se cumplió: *“careció hasta de lo más necesario, no tuvo nada y el Señor se lo dio todo, pues fue plenamente feliz durante estos años”* (Teresita).

“Tenemos de esta época -sigue recordando su familia- recuerdos de cartas felices, donde nos transmitía el afecto que le profesaban los indígenas, una de cuyas familias quería adoptarlo como hijo. Nos hablaba además de trabajos duros y peligros constantes: inundaciones, mosquitos, accidentes, carencias...pero también de su confianza total en María Auxiliadora y de su experiencia de la protección palpable de la Virgen en muchas ocasiones difíciles”.

“En una de sus cartas cuenta su estancia en Asunción y sus planes de volver unos días a la Misión antes de partir a un nuevo destino, la escuela que para los hijos de los hacheros había fundado Mons. Obelar en el interior del Chaco. Estas eran sus palabras: ‘Mañana salgo para la Misión a ver y despedir a mis hermanos indígenas y a recoger mis cosas (claro, que no sé qué cosas)’”.

“Cuando venía de vacaciones (muy de vez en cuando) procuraba siempre pasar unos días en el pueblo. Victorino cuenta, como ejemplo de su habilidad manual, que preparó allí una curiosa colección de fósiles de la zona, que el Ayuntamiento tiene expuesta en el centro social. También aprovechaba esta estancia para mostrar a sus paisanos y a los habitantes de los pueblos cercanos diapositivas de su misión. El pueblo, respondiendo a esta cercanía, le ha dedicado parte de un número especial en su revista local, como persona de la que se siente muy orgullosos”.

“La última temporada en Paraguay la pasó con el P. Martín, en Asunción, trabajando con los chicos de la calle hasta noviembre de 1990”.

También en la casa inspectorial hay un buen número de cartas de esta “su época misionera”. Todas ellas rebosan:

* Satisfacción, alegría misionera y salesiana, desbordante gratitud por la vocación recibida, por la que quiere felicitar a todos los hermanos que la comparten.

* Gratitud a los superiores. La mitad de sus cartas son de acción de gracias, por el Boletín Informativo, por las noticias, por las limosnas, por el cariño. Todo lo agradece pues le parece que él no se merece tanto. Sigue los acontecimientos inspectoriales y querría saludar a cada hermano.

* Enorme cariño por aquella pobre gente, indígenas o hacheros. Siempre habla bien de ellos, de su solidaridad y generosidad, de su ejemplar sencillez religiosa, de su vida sacrificada y pobre, de su paciencia ante tanta inundación y desgracia.

* Desbordante confianza en la Providencia de Dios; pase lo que pase, su óptica siempre es de fe: *“se ve que Dios nos quiere más pobres”*; *“Dios nos indicará el camino”*; *“cuanto menos valgo, Dios resuelve mejor mis problemas”*; *“recemos y Dios proveerá”*.

* Gran devoción a María Auxiliadora. La tiene en sus labios, en su corazón. Le reza el rosario, la invoca, le encomienda sus problemas, que de modo misterioso Ella resuelve...

Creedme, hermanos, que es gratificante releer sus cartas después de haber tenido cierta cercanía con él en sus últimos años.

En noviembre de 1990 vuelve a España. Su salud se resentía, pero no estaba muy decidida su incorporación a España. Permanece en la Procura de Misiones. Allí se le puede atender y además gran parte de sus hermanos están ahora en Madrid.

Se opera de hernia de hiato. Su recuperación es lenta y dolorosa. En el curso 1991-92 es destinado a Astudillo. Junto a su bondad, su gran piedad y el cariño de los niños del Centro, él manifestará la dificultad de acomodarse a una sociedad tan materialista, secular y satisfecha de cosas. Su sentido de Dios providente y cercano, no encajaba con la sociedad de consumo, cerrada en sí misma, quizá vacía, pero sin hambre de transcendencia.

En esta misma línea se expresa D. Fernando Domínguez, director de Astudillo: *“Para esta comunidad, Herminio fue un regalo del Señor. Es para mí más difícil escribir, que recordar lo que hemos disfrutado y reído con él en momentos de gozo y fraternidad, incluso cuando él recordaba aventuras de la selva, de los indios, de las condiciones en que vivían; de cómo los indios cuidaban a los misioneros... vigilaban por ellos... revivía sus costumbres... además Herminio escenificaba, porque era un artista”.*

“Le costaba adaptarse a esta sociedad en la que las personas se presentan más complicadas. El era sencillo; y de una bondad tan grande que extrañaba las actitudes de orgullo e indisciplina”.

“Su celo misionero le llevó a mantener entre los muchachos diversas actividades encaminadas a conocer y ayudar a las misiones: grupo misionero, rifas de objetos, sellos, revista Juventud Misionera, oración por misiones y misioneros. Con el grupo misioneros quiso fotografiarse cuando aquí estuvo la Exposición Misionera. El mismo la explicaba con entusiasmo”.

En mayo de 1992 sufrió un golpe en la cabeza; tuvo algún mareo y le sobrevino un fuerte dolor. Pensábamos que la causa fuera el golpe. Tras idas y venidas al hospital y después de varios análisis se diagnosticó la presencia de un tumor cerebral. En ese momento comenzó el verdadero calvario para Herminio.

Se le traslada a Madrid en agosto de 1992 y es operado por primera vez en la Clínica de San Camilo, tras haberle diagnosticado un glioblastoma multiforme en el lóbulo occipital izquierdo. Se creía en su recuperación. Por ello se le destinó a la Casa Inspectorial como asistente de los prenovicios. Fue una obediencia que no pudo cumplir, salvo en su corazón, pues la aceptó, con cariño, como todo.

En el mes de diciembre se le practica una segunda operación. La finalidad era calmar en lo posible sus agudos dolores. Tras largos meses de sufrimiento por su parte, y de delicados desvelos y atenciones constantes por parte de sus hermanos y de los salesianos de la Procura de las Misiones, muere el 9 de septiembre de 1993.

De este tiempo los recuerdos son muy intensos y emotivos. Su hermana Inés afirma que ella ha podido constatar que todo el que le ha conocido se ha encariñado enseguida con él, por el ejemplo que transmitía con su estado de ánimo, por su conformidad con la voluntad de Dios, por su alegría en medio de intensos dolores y pérdida progresiva de capacidades, por su agradecimiento a los hermanos salesianos y a la familia, por su amor y confianza en María Auxiliadora, por su constante preocupación e interés por los demás, etc.

Benita, la hermana mayor, destaca lo siguiente de esta época: *“En una ocasión que yo le insistía para que tomase un calmante, me dijo bajito: ‘Benita, la Iglesia necesita mucho del sacrificio para su purificación’. Como yo le insistía argumentándole que Dios no quiere que suframos, él añadió: ‘estás equivocada: el valor del sufrimiento nos lo dejó Jesús bien claro muriendo en una cruz. ¿Crees que a El no le dolió?. Tenía otros medios, pero éste es el más valioso’”*.

También su hermana Elisa nos habla de la misma forma: *“En una ocasión en que le insistí en que tomase un calmante por la tarde por tener constantes dolores, me dijo: ‘no insistas, yo tomo lo que el médico mande y nada más, pues la Iglesia necesita purificarse y yo quiero aceptar con gusto la parte que me corresponda para este fin; el dolor es un gran medio de purificar y yo tengo esta oportunidad’”*.

Herminio aceptaba el sufrimiento de su enfermedad por ser lo que Dios le pedía en ese momento concreto de su vida. Pero lo mismo que había luchado contra el sufrimiento de los indígenas, intentaba ahora que los demás no sufrieran por él; por ello repetía: *“No os preocupéis; estamos en las manos de Dios”*.

Con la profesión religiosa había hecho total donación de su vida al Señor; su ida a misiones fue un momento de satisfacción. Desde la postración y enfermedad hacía las últimas entregas.

Otro de sus hermanos nos recuerda también cosas de su último año. *“Durante su enfermedad todos hemos podido reconocer sus méritos; a mí me recordaba su niñez: ni siquiera el dolor le hizo sacar el genio. Sólomente en una ocasión, conmigo, estuvo a punto de hacerlo. A finales del mes de febrero de 1993, Herminio soportaba unos dolores tremendos en el hombro derecho. Temiendo que algunos de los salesianos salieran de viaje con la Exposición Misionera, yo le insistí repetidas veces para que le viera un médico, lo que ocurrió a primeros de marzo. Entonces mi hermano me reprochó. ‘¡Cómo has tenido valor de insistir tanto!; has sacado el Alonso; has exigido a D. Juan, que no puede hacer más; obligas por mí a D. Antonio; se entera D. Aureliano, mi director; yo no puedo ni quiero ser un enfermo para ser atendido, estoy aquí para servir a los demás’. Lo tremendo fue que ni siquiera se enfadó al hacerme los cargos. A partir de marzo, que empezó a asistir a rehabilitación, fue perdiendo visión paulatinamente. Aunque al principio se negó a que los hermanos le acompañáramos, terminó contándonos cómo se golpeaba constantemente contra las cosas. Por eso desde entonces decidi-*

mos no dejarle solo, lo que fue posible gracias a que los salesianos nos acogieron incluso en su comedor. No ver bien al servirse y no poder manejarse en la mesa teniendo que molestar a los demás era una de las cosas que más le hacían sufrir. Por eso le acompañábamos”.

Yo he tenido la fortuna de pasar mucho tiempo a su lado y comprobar cómo siempre estaba dispuesto a soltar la carcajada, incluso a costa de las alucinaciones que le provocaba el tumor. Habitualmente le cogía del brazo y dábamos un paseo por Rosales. Una mañana él se negó a llevar su bastón. Me explicó el motivo: “el otro día, cuando salí solo, me lié a dar golpes con la garrota a unos animales desconocidos que se me cruzaban por todas partes. Menos mal que no estabas tú, porque habría dicho la gente: ‘qué pena, el uno ciego y el otro loco’, porque todo el barrio se ha dado cuenta de que tú eres el ciego, pues yo ando tan tranquilo y tú venga a agarrarte a mí”.

Realmente sufrió mucho Herminio en su última enfermedad, pero ni aún así disminuyó su gran bondad y su profundo sentido de la gratitud. D. Fernando Domínguez nos dice: *“En una de las visitas que le hice cuando estaba en la Procura de Misiones, le llevé una caja de bombones. Al despedirme, no permitió que me viniera sin recibir algún obsequio: me daba una caja de bombones, la misma que yo le había regalado. Le hice ver que no podía ser así, que se la había llevado para él y para que invitase; pero tuvo que aceptar otros obsequios. Su cabeza ya no funcionaba bien, pero su corazón seguía funcionando a tope”.*

Su actitud ante la enfermedad era una lección para todos. Algún médico, no creyente, se sentía interpelado y aseguraba que no sería el mismo después de conocer a Herminio.

Otra de las características de la vida de Herminio era su obediencia. De niño la tuvo que practicar ante su padre y nueve hermanos mayores; de mayor, ante sus superiores salesianos en cualquiera de sus destinos; de enfermo, ante los médicos y enfermeras. Todos le hemos oído preguntar dócilmente: *‘¿qué hay que hacer?’* cuando le sugeríamos algo relacionado con su tratamiento o recuperación.

Benita ejemplifica esta actitud obediente de Herminio con una anécdota de su último año activo: *“Cuando le destinaron a León le pregunté yo: ‘¿y qué vas a hacer en León?’. El me contestó: ‘Mira, yo lo tengo claro: allí donde me manden, dar gloria a Dios con mi vida; lo demás es secundario’”.*

Sus hermanos abundan en algunos de los sentimientos ya manifestados con anterioridad: su cariño a la Congregación y a cada uno de los hermanos. *“Cuando hablaba de los religiosos salesianos -nos dice Elisa- siempre hablaba bien de ellos, y si era de alguno en particular decía: es ejemplar, es un verdadero santo; y esto lo hizo tratándose de distintas personas”.* *“Era muy entusiasta de la obra de Don Bosco y gozaba al ver que los salesianos respondían generosamente a su misión en todas las partes del mundo. Cuando en el pueblo ponía filminas sobre misiones, explicaba con*

sencillez, pero con auténtica ilusión, la obra de Dios por medio de los misioneros". "Era muy querido por cuantas personas le conocían. Sabía ganarse la amistad de todos por su sencillez y buen carácter. Tenía paz".

Y termina Elisa: *"Conservo bastantes cartas de él y todas respiran entusiasmo, deseos de hacer el bien, alegría, cariño a la familia y gran confianza en Dios y en María Auxiliadora".*

Este párrafo es un buen resumen de los sentimientos de cuantos hemos tenido la suerte de conocer a Herminio.

También su hermana Teresita termina de manera semejante: *"Los que hemos podido compartir un tiempo con Herminio poseemos anécdotas suficientes para escribir un libro, pero entonces nos alejaríamos de la sencillez que siempre caracterizó su vida. Su recuerdo será imborrable para todos nosotros".*

Damos gracias a Dios por la vida y la vocación de Herminio. Damos gracias también a sus hermanos. Le arroparon en su niñez y le educaron en el temor de Dios. Le supieron acompañar durante su vida gozando juntos su aventura religiosa y misionera y le mimaron en los momentos dolorosos de su enfermedad. También la comunidad de la Procura de Misiones es acreedora a nuestra gratitud. Durante más de un año le atendió, le acompañó por médicos y hospitales, le supo velar en las noches de dolor y desorientación con generosidad y sacrificio.

Doy las gracias asimismo a los hermanos de la casa de Madrid, y a quienes se prestaron para atenderle en los últimos meses. Y como siempre a las inspectorías de salesianos y salesianas de Madrid por las facilidades que nos dan en estas circunstancias dolorosas.

Valoremos estos regalos que Dios nos hace y juntos pidamos trabajadores para la mies que sigue siendo mucha. Rogad también por esta Inspectoría generosa y misionera, pero necesitada a su vez de obreros.

Afmo. en el Señor y en Don Bosco:

Filiberto Rodríguez
Inspector.

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Coadjutor HERMINIO ALONSO CAYUELA. Nació en Arenillas (Soria) el 4 de octubre de 1935. Murió en Madrid el 8 de septiembre de 1993, a los 58 años de edad y 41 de profesión religiosa.